RICHARD J. NEUTRA

refugio, nido, hogar . . .

100 - 29

Hablando sobre el tema de realizaciones sociales, los esquemas o programas de conjuntos residenciales, en los cuales he estado ocupado, han ido creciendo hasta alcanzar cifras de presupuesto colosales: treinta y cinco millones de dólares, el Elysian Park Heights; veinticinco millones, Lemoore Navy Town; catorce millones, Mountain Homes, la base aérea de Idaho... Pero ¿qué es todo esto comparado con las ciudades completas que he visitado, o para cuyo estudio, proyecto o emplazamiento he sido consultado?... Chandigarh, en la India; Thema, puerto de la Costa de Oro; Meadowlands, la ciudad africana gemela de Johannesburgo; o Brasilia, orgullo del Presidente Kubitschek, casi a 2.000 km del Palacio de Río y en el interior del país. Sin embargo, yo prefiero citar esquemas de agrupaciones más modestas, pero de gran significado, puesto que no lo es todo el tamaño.

Siempre que la conversación gira alrededor del tema hogar, parece referirse exclusivamente al último publicado en la más reciente revista de construcción y en sus páginas más destacadas. Esta última edición juzga y rige la moda arquitectónica y me hace pensar: ¿Es que mi arquitectura de hace treinta años sigue manteniéndose en todo su valor por el hecho de reproducirse y repetirse, como sucede con los árboles que crecen frente a nuestra ventana que, aunque definen el panorama más modesto, llega a ser querido y admirado a fuerza de contemplarlo?...

En primer lugar: el paisaje divino, con las estrellas que se extienden a lo lejos sobre el Universo, con los rayos del sol sobre las nubes vespertinas, el perfume del jazmín al anochecer...; todo lo que se encuentra al otro lado de la propiedad constituye también nuestro propio hogar y no puede ser subdividido. La mutua propiedad entre el hombre y los demás poderes de la naturaleza, o entre el hombre y otro hombre—su vecino—, no es exactamente un problema de propiedad financiera con apariencias de préstamo. Es un sistema inevitable de copropiedad con nuestro contiguo y homogéneo por una necesidad imperiosa de relacionar y entrelazar.

Trabajé con el coronel Westbrook en el desarrollo de diversos proyectos de propiedad mutua, desde Jacksonville (Florida) hasta la Gran Pradera de Avalon Village (Texas) y Channel Heights (San Pedro). Todo ello estimuló a la Asociación Peninsular del Hogar de Palo Alto y de Santa Mónica, en California del Norte y del Sur. Divulgaron mis ideas Henry Wright y Clarence Stein, y mis más jóvenes amigos: Joe Stein, actualmente en Delhi, y Ruocco, en San Diego. Yo trataba de imponer, por entonces, una síntesis humanística en el más amplio sentido del pedestristismo natural, contra la agrimensura euclidiana de la “subdivisión” y dominio técnico de las “reglas del motor”.

Una mitad de la población se compone de niños y adolescentes, a los que la ley prohíbe conducir a gran velocidad y volver las esquinas chirriando. Pero los coches siguen atropellando y matando en la misma puerta de la casa: hecho que no ocurre en las más salvajes ciudades zulus, pese a la proximidad inmediata de los leones.

¿Qué es seguro y saludable, biológicamente satisfactorio o, al menos, tolerable y soportable?

La gente no permanece fija en un lugar determinado, sino que se traslada de un punto a otro y, preferentemente, a ciertos lugares dentro de la ordenación general del espacio: un pájaro siente preferencia por un sitio alegre para mudar sus plumas; el elefante, elige su fuerte hormiguero de termitas para rascarse la piel; el oso tiene su tronco de árbol predilecto para res- tregarse. Existen pozos de agua para beber regularmente a todas horas; cavidades para almace- nar alimentos durante el invierno y toda una serie de pasos que sirven de acceso a cualquier vivienda animal. El hombre debe, análogamente, de ordenar ciertos centros de provisión en su comunidad, los servicios y enlaces que, pese a alteraciones geográficas, permitan a los niños el ir y venir de la escuela en grandes masas. Todo parece preparado para eliminar cualquier tipo de molestia en toda actividad de entretenimiento o de trabajo.

Nuestro “progreso” no está orientado técnicamente, sino monomaniacamente. El progreso nos lleva de forma caprichosa más allá de nuestros límites de condiciones locomotrices, de modo que penetramos en un “caos paranáctico”, con acusados fenómenos de movimientos ascendentes y descendentes por cualquier camino o trayectoria. El hecho de parar y proseguir continuamente anula nuestro sentido de la aceleración, nuestros nervios y nuestro cerebro, mucho más todavía en nuestras ciudades de hoy que en cualquier excursión interplanetaria bien organizada. Las complicaciones fotoscópicas de las señales luminosas de Broadway, el infierno aplastante de los rascacielos, las calles encajonadas sin sol, con ruido, señales acústicas, olores y partículas pol- vorientas, no son precisamente factores que definan una integración con la naturaleza. Sólo existe un paso hacia adelante, hacia lo biológicamente soportable, dentro de estos límites, sobre los que estamos investigando y a los que tratamos de adaptarnos en un tiempo vital sin pagar un precio demasiado elevado de patología, irritación o fatiga.

Vivienda y hogar han llegado a ser un tópico continuamente repetido en la civilización oc- cidental de nuestros días, con abrumadoras estadísticas de “ratios de densidad”, pies cuadrados, longitudes de alcantarillados, líneas de fuerza, de gas...; en resumen: dólares en grandes can- tidades. Pero afortunadamente el hombre no se ha adaptado al confucionismo del término in- glés “figure” entre número y forma, a lo largo de más de diez mil años de existencia, debido a que lleva una vida no llena de números, sino de formas, de formas que él mismo crea más de acuerdo con su conciencia y que le ayudan a disfrutar de la alegría de la vida.

Pero nuestra vida actual está sumergida en una numerología técnica, estadística y financiera; nuestro paisaje está subdividido en partes y lugares, sobre los que puede realizarse una hipoteca para la construcción de una vivienda subvencionada por el Estado, que es amortizada por gente afortunada de suficiente longevidad.

Mirándolo todo desde un punto de vista naturalista—y la naturaleza es nuestro más seguro precedente—, el hogar es el anclaje de la habitación en una superficie de terreno. Es un lugar de amarre, un lugar elegido sobre la superficie terráquea. Hasta las propias aves migratorias sienten esta necesidad y, muy especialmente, las abejas con sus colmenas o los animales salvajes con sus guaridas.

Vista representativa de la ciudad de Los Angeles en el año 1850, en la que puede apreciarse la típica edificación española de patios y pórticos, con ordenación ortogonal de calles.

En el año 1950, la ciudad de Los Angeles sigue acusando la cuadrícula ortogonal de sus calles. Frente a ello, Neutra nos ofrece la urbanización de Avion Park, Texas, realizada por él y concebida con un sentido humano.

El gran sabio zoólogo, profesor H. Hediger, me mostró, en su Zoo de Zürich, dos piedras colocadas en el acuario, al par que me contaba que algunos peces pasaban en los huecos que había entre ellas el 85 % del tiempo. Era la parte más querida de su "biótopo", su "psicótopo", seleccionado más allá de algo mecánicamente explicable.

Hediger ha diseñado una pajarera, no precisamente una jaula redonda, cilíndrica o cúbica, geoméricamente decorativa, ni una brillante y ornamental pajarera, sino un lugar debidamente ambientado, al que los pájaros quieren y en el que encuentran todo lo que necesitan para su vida, sus músculos, sus nervios y sus glándulas. No tiene barras alrededor como una jaula, ni malla metálica de acero, de plástico o de otro material conocido. Está asombrosamente abierta al universo y, sin embargo, las aves jamás salen de ella porque aman ese ambiente. El profesor Hediger comprende a los pájaros, y éstos le comprenden y quieren a él. El encuentra muchas más dificultades para comprender a los arquitectos que pretenden proyectar en su zoo elementos de arquitectura formal de geometría euclidiana y, a su vez, no puede hacerse comprender por esta clase de diseñadores a los cuales los pájaros no comprenderán ni querrán jamás.

Es algo recíproco. Si uno desea proyectar para pájaros, deberá antes amarlos y conocerlos; si hay que diseñar para la gente, es indispensable observarla, comprenderla y simpatizar con ella.

Por ello, no es posible realmente proyectar bien para una vaca marina o para un pingüino. Si uno diseña para sus individualidades, necesita estar encajado en una multitud organizada. Desde el nacimiento de la masa hasta los lugares que esa masa necesita, la educación de la juventud, es, por su propia naturaleza, una tarea social. Esto es así, para compensar la individualidad biológica que existe por encima y por debajo de la línea general de creación orgánica.

Las desviaciones de la norma, del camino recto, las "mutuaciones", implican "potenciales morfogenéticos" de indudables posibilidades para el futuro. Pero, por el momento, es imposible aceptarlos como esquemas sociales adecuados para el desarrollo de una comunidad que exige una ordenación orgánica y adecuada, nacida de un programa debidamente estudiado y no por

un “contrato social” redactado por un abogado de Filadelfia o especulado por las teorías de Rousseau. Hermits fué experimental, así como el italiano San Benedicto, con sus primeras “comunidades” monásticas, decididamente opuestas a la teoría de los Santos egipcios, aislados y solos en su pedestal... *Hasta los monjes necesitan compañía*. Esto es una realidad de la vida. Y a ella hay que prestar la debida atención, de acuerdo con las directrices dominantes que marcan, de forma general y compleja, el estudio de la sociología.

La individualidad entre los humanos ha sido menos recalcada por su potencial filogenético, y mucho más todavía por los fenotipos, de privadas normas de conducta. Fenotipo es el corriente enlace vital, en la infinita cadena evolutiva, que lleva desde un oscuro y largo pasado inanimado hasta más allá de un futuro previsto.

La individualidad humana tiene un desarrollo terrible, pese a sus modestas dotes cerebrales, comparado con el de una abeja o siquiera con el de una vaca marina. Así, el hombre se defiende de las organizaciones sociales, aun siendo dependiente. Si decide agruparse abandona su postura de defensiva contra todo el mundo—incluso padres y familiares—y, entonces, está dispuesto a asegurar que su grupo, su clase, su tribu, es el elegido por Dios, y que cualquier otra asociación, del otro lado del país o más allá del sonido, es completamente despreciable.

El instinto del hombre a crear un hogar ha ido perdiéndose, encubierto por una intrincada maraña de egoísmos y consideraciones cerebrales, que llegan a ofuscar lo verdaderamente vital. Todo constructor de un nido en la naturaleza, hasta en sus más pequeños detalles conocidos, sabe que cualquier pequeña célula generadora ha de sufrir una serie de transformaciones para llegar a formar otros seres informados, sensitivos y con aptitudes creadoras.

El “anclaje” en la superficie terráquea, o en el fondo del mar, o donde sea, dentro de una posible área física de habitación, es un “ley de vida”, una necesidad viviente. La idea de observar de una forma “mecánica-materialista” no puede ser admitida en nuestra época. La mecanización ha llegado a ser menos vital que otros desarrollos de las ciencias físicas de hoy, y el miedo o interés por las máquinas de relojería es menos importante para nosotros que para las personas del siglo xiv o los aturridos autómatas del siglo xviii. “Materialismo” y “materia” son, en la actualidad, conceptos de mayor controversia que lo fueron hace cien años y planteados de otra forma.

No sé realmente que nombre dar a nuestra propia aptitud: ¿espiritual?, ¿intelectual?, ¿idealista?, ¿funcional?... Quizás simplemente “*observadora*”. Nos gusta el laboratorio biológico, pero sin olvidar nunca que el mejor invento de un laboratorio biológico es su propia puerta que nos conduce a la parte más exterior de la escena y la experiencia clínica que adquirimos al pasar a través de ella vigilando atentamente. Vigilar y observar no es solamente algo sensorial, sino también una actividad glandular y muscular.

Un arquitecto es un atento observador y vigilante mientras hace o se prepara para hacer algo. Es un previsor, consecuencia de una larga experiencia, y esto es precisamente “proyectar”: una especialidad humanística. Algo animal y específicamente humano, le impulsa a buscar consejo de otro individuo. Conociéndole, puede adoptar una aptitud profesional paternal.

El desvío individual limita las potencias morfogenéticas.

La individualidad biológica existe en cualquier aspecto de la vida orgánica, pero la promesa mutacional de la individualidad en generación y evolución es una consecuencia puramente humana coronada por “consideraciones fenotipo” de satisfacciones conscientes y de aspiraciones. Los refugios y moradas de las abejas, peces u osos polares, son—por esto—de gran importancia para servir de base de estudio de las especies. Pero, por el contrario, el estudio de un común denominador biológico en el hombre, en cualquier parte del planeta, es ensombrecido y nublado por la inmensa ambición humana, seguramente diferente de las gentes de otro lugar, de la familia vecina o de la de enfrente, y diferente también de los padres y de los hijos. Y así es cómo el hogar ha de ser proyectado, no para el hombre, sino para cada hombre, y este hogar busca un lugar de fijación, de anclaje individual y determinado. Es, por ello, más fácil de discutir una solución individual que la confusa generalidad de intereses comunes, válidos para toda una asamblea de individuos.

No obstante, hay algo que sí puede ser discutido y tranquilamente consultado, pues aunque se hable en La Jolla, Manila, Ankara, Beirut o Johannesburgo, lo primero es lo primero. Es necesario fijar una completa información sobre nuestras dotes básicas y sus tratamientos fundamentales, desde el punto de vista del progreso técnico y dirigido de nuestra civilización. Las necesidades locomotrices, respiratorias, térmicas, acústicas, fotoscópicas, paralácticas..., deben ser defendidas frente al caos de fenómenos en progreso ascendente que nos aproximan gradualmente hacia la aceleración del cohete. El ruido y el olor, por ejemplo, son en varios aspectos y perspectivas, de una probada desilusión romántica. Por ello, frente a todo, nosotros hemos de procurar sobrevivir por el proyecto.